

Parte III

Cuando aprendimos a ser beodos

N o sabría explicar como empezó, pero la cosa fue tan rápida que no pude recordar con exactitud. Quizás a los cuatro años, cuando papá por primera vez trajo a la casa a sus amigotes. Decía que el trabajo dignifica al hombre y por eso se debía de festejar de rompe y raja. Nosotros éramos alegres y pulcros, inteligentes, que poco a poco captábamos las costumbres viles de los puercos esos. De a poco nos transformábamos en seres mutantes, era gracioso cuando veía a los amigos de papá tomar y emborracharse como loquitos, como si eso nomás pudieran y sabrían hacer, pero lo más gracioso era cuando comenzaban a cantar después de haber pedido cuatro chelitas. Claro que en esos tiempos no nos abrumaban con comerciales de televisión ni radio, porque nuestros experimentos los teníamos bien controlados y la mayoría de cerdos, las utilizábamos sólo para fines académicos. No comprendo entonces por qué papá comenzó a embriagarse como borrachito de cantina barata. Decía que sus amigos empezaban a cantar cuando sacaban y tomaban cuatro chelitas, así les han llamado siempre, a ese líquido tan bello que nos hace matar las penas y no comprendemos que en verdad matan a nuestras tontas y torpes neuronas que se dejan llevar por lo que dice la gente.

Mamá, era alegre, campechana en la cocina, porque su refinado gusto por los postres y las sopas, daban un gusto mayor y mejor a las comidas, lástima que todo cambió cuando comenzó a cocinar segundos. Uno en especial que llevaba malta y cerveza negra. Creo que el error más grande fue ese, aunque en casa vivíamos tan

contentos cuando se festejaba un acontecimiento por más pequeño que fuera, como el de comprar un confortable nuevo o una frazada de dos plazas, celebrábamos brindando vodka, elixir sagrado de mi padre. Lo han traído de Rusia, decía jactancioso, lleno de gloria a sus amigos, no se tomaba licores baratos, porque nuestro refinado gusto por los licores también han sido de los más elegantes; un martini, piña colada, siempre viva, hasta que se inventó la cerveza, papá comenzó sólo probando una vez, luego de ir a trabajar, por culpa de unos amigos, le decían que le beneficiaría con sus proyectos y que le hacía bien tomarse solo una, pero, él se excedió, con ellos. Ahora mismo los veo, en mi mente, clarito, tomándose ya cerca de una cajita. Que cariño le tienen cuando se refieren a una cervecita, felizmente me compraba los libros y asuntos que mis profesores me pedían para seguir estudiando y avanzando y no caer en tentación como algunos lo hacen, eternamente.

Un amigo de mi padre, Alfonso Tercero, de la dinastía de los nazca, vino con su jarrita de chelas: Hasta que cante el gallo, -dijo- y se fueron de lo más lindo a tomar con sus amigos, pero, vean, veánlos ahora, todo neuróticos y embutidos, se les ve, cada vez que caminan a sus casas, no saben si ven dos o cuatro, pero de que van en cuatro patas, siempre van en cuatro, es que nosotros los cerdos caminamos en cuatro patas.

Después de terminada la chela, escuchó decir que por la unión y la amistad deben de venir un par de cajas más. Además en el tonel de barriga que tienen, podría entrar hasta un trailer completito, así es que se traen más y más cerveza. Tienen que tomar para sentirse

héroes, tienen que tomar para sentirse importantes, como que su importancia radica principalmente en cada vaso que sorben, en cada gota que no derraman y si alguien lo hace, paga multa, como si está establecido en los reglamentos de leyes o en la constitución. Y no se salvan los abogados ni los médicos, total, es un elixir para beber y tomarlo toditito. No paran hasta reventar, de vez en vez tienen que ir al baño, aunque no sabemos por qué su vejiga no resiste más acumulación de agua, tienen que vaciarlo para seguir descosiéndose de risa, cayéndose en los suelos sin más remedios. Uno de ellos se orinó en sus pantalones y todos ríen como si fuera algo cómico.

Uno ya está llorando, dice que toma por ahogar sus penas, porque su puerca madre murió estando preñada y esperando tetrallizos. Mírenlo, sigue llorando y la cerveza sigue corriendo. Se pasan de mano en mano, de botella en botella, de esperanza en recuerdo, de vida y melancolía, de tristezas y recuerdos, de virtudes y lágrimas, de llantos y más llantos, de llantos y más llantos. Todos vuelven a ser niños, lloran, hasta mi padre, el fuerte cemental está llorando. No me lo imaginaba verlo así, ¿será porque perdió a su padre, o será porque mamá lo abandonó? La suerte de él es que nos tiene, a mis hermanos y a mí. Mírenlo, llora, quiero abrazarlo pero sigo cambiando los discos. La rokola sigue tronando, ahora con más volumen aunque nadie baila, la dejaron de cantar. Se paran, se abrazan. Se ayudan, dicen que se van pero no pueden. Tienen que quedarse a dormir de nuevo en la casa. Recuerden que mañana hay trabajo y hoy no es sábado chico. El brindis del bohemio terminó no mal, sino de esta tonta manera

humana que tenemos que contemplar. Y todavía me mandaron a comprar más. Más y más cervezas, chelitas para mis patas, para estos chicos que son de la patada. Corre hijo, tú eres joven y comprenderás cuando seas grande lo que se siente tomar y beber y embriagarte y regocijarte con tus patas y verás como se siente uno lo máximo, sólo tienes que practicar, un poquitito y verás que la cosa resulta rápido. Y hoy quiero saber, a qué sabe ese olor raro y que mueren por él, que lo prohíben en el día y en la noche es eterna compañera.

Ya recuerdo entonces por qué papá me dijo que le ayuda a despejar la mente. Voy sorbiendo poquito a poquito, cucharita a cucharita los restos de chelita que dejaron sus amigotes, siento un sabor distinto, no es refresco, es asqueroso y no sé porqué lo toman.

Ya terminé medio vaso, creo que no me ha pasado nada, estoy completo y todavía no me ha dado sueño. No han podido embotarse esas botellas que están abiertas, un par más y me voy, dijo alguien, pero se quedó dormido, roncando como no imaginan.

Un par más y me quedo contento, como nunca nadie lo estuvo. Un par más y no imaginas que lindo y dulce es.

Tómame, me dice la botella a gritos, tómate que quiero que vacíes más en tu boquita chiquita, tómame que te estoy esperando, no ves a tu padre feliz.

Tómame si eres grande, no voy entendiendo pero va entrando cada vez más fácil y directo, ya no es

asqueroso, ahora es dulce, rico, delicioso, ingresa por mi garganta y siento ya venirme un sueño intenso, aunque no tengo que ir a dormir todavía, es hora de las tareas que nos encargaron en el colegio, pero qué estoy diciendo, si mañana, el profesor de educación física de nuevo nos hará correr y jugar fulbito y nos dirá que el equipo ganador está aprobado y los demás tenemos once, para qué si también él y los demás profesores se van a jugar su fulvaso, que asco, mejor otro sorbito y ahora sí me voy a dormir, otro sorbito que estoy encantado de estar parlando sólo y contándote aunque llore en mi realidad.

No sigo más, ya aprendí a ser beodo.

jdcarval@hotmail.com/

Berny, el del correo.